

## Velasco: el valle de México

Uno de los mayores episodios de la historia de nuestro planeta, es el Valle de México.

Edificado a dos mil trescientos metros de altura sobre el nivel del mar, contiene en su enorme área la representación de vastos y numerosos dramas geológicos.

La luz es fría y tersa y en ella inscriben el cielo y la tierra con firme y fino trazo la narración sonora de un magestuoso y poético tratado del paisaje.

Por el norte, restos de lagos y lagunas dulces y salados sirven de espejo a volcanes, tan antiguos, que uno de ellos ha muerto y el otro respira aún apenas perceptiblemente. Al sur, el grupo volcánico del Ajusco se perfila en masas monumentales y extiende a sus pies un mar de lava de más de cuarenta kilómetros cuadrados en que las olas, esculpidas, las últimas, hace más de tres mil años, se conjugan en la primavera y el otoño con jardines blancos y amarillos que surgen valerosamente sobre las delgadas capas de polvo que la boca del tiempo depositó allí.

Al este, los volcanes gigantescos, la Iztaccihuatl y el Popocatepetl (mujer dormida y montaña humeante) crean uno de los ángulos más hermosos del Planeta; y al oeste, cerros y lomas y colinas asisten numerosamente al espectáculo magnífico. Vagan, en el centro mismo del Valle, montañas menores que reunidas o solas, dan las escalas proporcionales del horizonte y aíslan los ojos en juegos de líneas admirables.

La vegetación por todas partes, es poco densa. Sin embargo, ejércitos de pinos acampan en las laderas de los volcanes y en los contrafuertes rocallosos del Ajusco mientras en el resto de los montes vejetan pobremente algunos árboles. Abajo, en pleno Valle, el maíz canta y mece en agudos verdes la dicha cumplida del otoño, y entre los restos lagunares el hombre sigue cultivando las flores que adornan el pecho de la gran ciudad durante todo el año.

El invierno y la primavera sostienen un sentimiento dorado en el enorme Valle, en tanto que el estío y el otoño juntan las flores y los frutos de una amistad deliciosa y profunda. Un sople de primavera hace de los últimos meses del año algo así como una quinta estación intercalada, desconcertante que da en los días de octubre un reparto de corazones para quienes sostienen la poesía en su nube abandonada y fatal.

Sorprendido en la zona tropical pero elevado a dos mil trescientos metros de altura, el Valle de México acciona a través de una luz geométrica que va de lo esférico levemente brumoso a lo prismático luminosísimo en grado difícilmente aceptable, iluminación adecuada a uno de los climas más humanos de la tierra. Una compañía remotamente mexicana maneja el negocio de las nubes. Los más bellos grupos de nubes pasan sobre el Valle. Rubias y morenas nubes arriesgan la vida vaporosa del aire salvada frecuentemente por una puesta de sol. Porque hay grandes tardes y tardes solas y tardecitas como palabras que se dicen y palabras que no pueden decirse y palabras que se dicen sin decir las.

Por los caminos el árbol del pirú, primo del sauce, mueve su follaje a la menor señal del viento y repasa en el otoño sus collares de vidrio rojo que los pájaros pican y distribuyen por los campos. Acompañan al pirú a veces, las cactáceas mexicanas, familias de esculturas que viven para todo el mundo, y así el maguey da de beber hasta embriagar y el nopal sirve peligrosamente a la orilla de sus platos verticales los frutos verdes o rojos que antes fueron flores cargadas cuidadosamente de pilas para iluminar. Los órganos, seriamente alineados, conducen a un patio o indican otro camino.

La época de las lluvias, junio a septiembre, sirve para que los sapos y las ranas abran éstas sus escuelas de natación y aquellos sus cursos nocturnos de repeticiones de todo lo que no se ha leído nunca.

Hacia el norte, un Valle menor, ampliación del Valle de México, recoge formas muy bellas y aprieta en su seno, con joyas centrales, uno de los grupos arqueológicos más impresionantes del mundo: los edificios sagrados de Teotihuacán, enlazados misteriosamente con los conos serpentinos de Cuicuilco semicubiertos por las últimas lavas del Ajusco y edificados hace muchos miles de años. La catedral de México, que es la obra maestra del arte colonial en el Continente, está en el eje —eje religioso— de tan ilustres monumentos prehispánicos.

Un águila de atardecer lanzada de norte a sur atraviesa el corazón del Valle. Su sombra marca tal vez el camino de la noche. A la entrada de una aldea, de pronto, una cruz abre los brazos y la campana de la tarde invita a perdonar, a amar... las tardes del Valle de México dan títulos de la más rara y solemne poesía. La raza humana lo habita desde tiempos remotísimos y ha creado obras maestras en todos los órdenes. Envidiable vivienda de muros cardíacos y luces íntegras. Todo en él es escultura y pensamiento, grandeza. Todo en él está dibujado y esculpido más que pintado. El menor movimiento deja una raya en el espacio y cualquier pausa profunda conduce y concreta al volúmen. Claridad hecha de grises que suben al azul y bajan hasta el negro. Una soledad monumental nos acompaña y en la diáfana proyección de su sombra podríamos, si pudiéramos, decir cosas llenas de amplitud y elegancia. Un ángel atosférico vigila día y noche mientras los hombres abajo se dedican a la agricultura y a la política, al bien y casi al mal.

Esto fué lo que dibujó y pintó el Maestro José María Velasco, hombre de genio, el más grande artista que ha producido México.

Carlos Pellicer  
Lomas de Chapultepec, septiembre 25 de 1944.



Jordán Vilasco es el mejor Paisajista  
que ha producido el Nuevo Mundo.  
El Valle de México fue en Salazar  
y en el trabajo medio siglo hasta la  
gran el dominio de esa. Hay una re-  
veladora del todo de lujo y en la  
cual los tonos se manifiestan como si  
~~se vieran en un cuadro~~. Hay a 5300 metros  
de altura, sin embargo. En ese lugar  
trabajo Vilasco, desde el Valle de México  
hasta a distancia del modelo después  
de las más bellas y silenciosas a ser  
nuestro de Biezo Rivera, es, <sup>con él</sup> el Indio  
e Orger, el más admirable paisaje  
mexicano

Carlos Pellitero.

México, 1945.

## MI TRATO CON LOS ESCRITORES (conferencia)

Confieso, señoras y señores, ilustres autoridades presentes, confieso que la experiencia para la que nos ha invitado el Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes significa por lo menos para mí un asomo a algo que nunca había hecho como es hablar de la gente delante de muchísima gente.

El trato con los escritores, particularmente en mi caso, ha sido más bien reducido, porque cuando yo empecé a resultar lo que sigo siendo, un simple aficionado a la poesía, pronto como ha recordado Antonio Acevedo Escobedo, los barcos y los ferrocarriles y otros poemas comenzaron a hacer circular mi pobre persona por más de medio mundo. Esto ha venido a trascender en mí desde un punto de vista de un acercamiento muy relativo con el medio literario, siendo yo un modesto escritor, he pasado mi vida más entre los pintores que entre los escritores. Por qué ha sido esto, yo todavía no he decidido explicármelo, pero un día de estos lo voy a hacer, porque no sé si en el vocabulario, en el léxico del pintor o en el del escritor yo me encuentro más cómodamente.

El primer escritor que yo conocí siendo todavía un niño fue Rubén M. Campos. El maestro Rubén M. Campos escribió a principios del siglo una novela que se llama *Claudio Oronoz*. La lengua de José Juan Tablada, que no perdonaba, le decía *Claudio Orozús*. Por entonces la Secretaría de Educación encargó a Amado Nervo un conjunto de fragmentos literarios para ayudar a los niños de sexto año de primaria a caminar un poco por la gramática. Yo, recién llegado de Tabasco, estaba en una escuela de gobierno, en las calles de Guatemala, una escuela que todavía existe en una casa vieja y que se llama Ponciano Arriaga y allí cursé sexto año de primaria. En ese libro de Amado Nervo había un fragmento de la novela de Rubén M. Campos y este fragmento era una descripción nocturna del lago de Chapala. Cuando el profesor me invitó a que leyera en voz alta para el grupo este fragmento yo todavía apenas había ojeado el libro, de manera que fue una lectura de pronto, y por primera vez en mi vida sentía que algo del tacto más sutil de la personalidad mía, en este caso, encontraba un choque de lo más grato leyendo estas dos páginas y media. Desde entonces quedé con esta picadura, y cuál no sería mi sorpresa cuando al año siguiente, en la Escuela Nacional Preparatoria, me encontré en la lista de los profesores el nombre de Rubén M. Campos. Me inscribí en su grupo y el primer día de clase fue para mí motivo de una profunda emoción estar frente a frente de un escritor famoso que usaba sombrero de ala ancha y corbata de esas que ya nadie usa, que era un profesor muy malo, que no sabía dar clase, pero de todo eso después me di cuenta, a mí lo que me importaba era decirle a mis amigos que estaba estudiando con el maestro Rubén M. Campos. Terminó el primer año y quedamos amigos, me invitó a su casa, su casa de San Angel, en

la colonia del Carmen, junto a un arroyo —yo no puedo llamar río, porque soy tabasqueño, a una corriente de agua de medio metro de profundidad.

Entonces el primer día fue otra gran sorpresa en su casa, porque encontré sobre el piano vertical —que por cierto él tocaba con mucha gracia, pues tenía un verdadero sentido musical—, sobre el piano había un cuadro apaisado, largo, que representaba una ola en el momento de reventar. Ese cuadro lo había pintado don Joaquín Clausell. Como yo le preguntara de quién era el cuadro, él me habló del maestro Clausell. Cuando yo regresé a mi casa se lo conté a mi padre. Entonces mi padre me dijo: “Joaquín y yo fuimos compañeros de Preparatoria en Campeche.” Don Joaquín era efectivamente campechano. Se hizo pintor ya un poco entrado en años aquí en México, sin estudios, y un día, después de otras noches de parranda, fue a dar el Doctor Atl al estudio de Clausell y allí se quedó Atl como quince días.

Atl le dio algunas indicaciones necesariamente muy valiosas, porque Atl hacía por lo menos quinientos años que era pintor. Mi amistad con el maestro Campos tuvo para mí una significación especial porque él empezó a sugerirme la importancia del arte prehispánico de México. Entonces, el arte prehispánico, este conocimiento de Clausell y ya en la conversación, no en clase, la cuestión literaria, tuvieron para mí un hondo sentido.

Más tarde fui alumno de José Juan Tablada. La clase de Tablada en la Preparatoria era peor que la de Rubén M. Campos. Yo creo que es un poco difícil que los escritores sean buenos maestros. Tablada iba una vez por semana cuando mucho y nos hacía el favor de llegar muy tarde. Decidió hacernos copiar una lista de sinónimos que no terminaba nunca y eso era la clase. Tablada, como ustedes saben, es uno de los mejores poetas que ha dado México y además un hombre sumamente inteligente y de extraordinaria simpatía personal. Más tarde, cuando nos encontramos en Colombia, él me hizo el favor de publicar algunas de las primeras cosas que yo había escrito y me hizo el honor de poner unas líneas al frente, que agradeceré toda la vida. Era muy generoso con los jóvenes y las horas se pasaban oyéndolo conversar. Tenía una lengua terrible. Había un escritor muy distinguido, don Eduardo Colín. A Tablada le caía muy mal, y en las presentaciones diplomáticas, una vez lo presentó diciendo “el señor Cocolín”. Claro está, el licenciado Colín nunca perdonó esto.

Yo no tenía edad ni estaba en año para entrar a la clase de quinto de Preparatoria, que servía el maestro Luis G. Urbina. La clase del maestro Urbina no era mala, pero nunca daba clase. Leía textos naturalmente muy buenos, pero no daba clase. Entonces, cuando a veces nos cansábamos, porque su voz no era muy adecuada para estas cosas, le pedíamos que nos recitara. El maestro Urbina sabía de memoria toda su obra, y yo recuerdo —una de las pocas veces que materialmente me colaba yo a su clase, que era de muchachos de dieciocho, veinte, veintidós años y yo era un chamaco— recuerdo una vez que

nos recitó la “Elegía de mis manos”, mirándose las suyas, aquellas manos pequeñas, tan lindas que tenía Urbina —algo hermoso debía tener siendo uno de los hombres, como él mismo se decía, más feos de la creación. Y mirándose las manos y moviéndolas con una gracia muy particular, nos recitó el famoso poema. Después todos, al salir, le formamos valla, le aplaudimos y la sonrisa de él, aquella sonrisa ingenua, aquella facha llena de bondad a pesar de su mala lengua, aquel hombre tan simpático y tan bondadoso realmente que era Urbina, tan buen poeta, tan fino poeta, uno de esos poetas que a medida que pasan los años su obra alcanza una madurez, una plenitud, que con otros poetas no ocurre.

Y no lo quiero decir porque voy a hablar en estos momentos de Nervo. A recordar a Amado Nervo, cuya obra cada día se nos escasea más, pero que estamos seguros de que hay por ahí veintico o treinta poemas verdaderamente inigualables y que guardo siempre como un verdadero tesoro. Yo conocí a Nervo aquí en México, en visperas de que saliera a morir a orillas del Río de la Plata. Habíamos formado en la Preparatoria una agrupación que se llamaba “Sociedad Literaria Rubén Darío”. En eso llegó Nervo a México y organizamos una sesión en el salón llamado El Generalito. Nervo asistió con su acostumbrada bondad y yo le dije un discurso muy malo, pero que duró poco. Él correspondió la atención nuestra recitando dos poemas que en esos momentos le traían una serie de presencias... de fuerzas... de amor... y de otras cosas... pero sobre eso no puedo hablar. Después lo encontré en Nueva York. Yo salía del puente de Brooklyn en una tarde de otoño muy hermosa en esa ciudad prodigiosa que es Nueva York, él iba en automóvil. Se detuvo un momento al entrar al puente, nos saludamos y él me dijo al despedirse una frase muy afectuosa que yo creí era muy dedicada a mí, pero no, es una frase que él decía a muchas personas. Le dije: “Maestro, hasta muy pronto”. Entonces él me contestó: “Usted y yo hasta siempre, Pellicer.” Yo creí que había inventado la frase en ese momento, pero no, es una frase de tranvía. Antes había visitado a Nervo en su casa aquí, en la colonia de Santa María. Por esos días había yo estado con José Gorostiza, que es el mejor poeta que tenemos en México ahora. Y lo había casi instado a comprar un libro que acababa de llegar a México, nada menos que *Plenitud* de Amado Nervo. Yo llevé el libro a la casa del gran poeta nayarita que vivía con sus hermanas y el libro tenía el nombre de José Gorostiza con lápiz, pero con un lápiz muy suave, y le pedí a Nervo su autógrafo y él puso una dedicatoria que dice: “Al joven Carlos Pellicer Cámara, a quien deseo ver crecer cada día más. Amado Nervo.” Claro que yo nunca le dije esto a Gorostiza, que es el dueño del libro. Y este libro causó en Colombia una molestia muy grande porque cuando José Juan Tablada fue como primer secretario a Bogotá y después a Caracas, los periodistas en Colombia le preguntaron por Nervo, que en esos momentos había llegado en forma de apoteosis al Río de la Plata. Le preguntaron a Tablada que qué opinaba de los últimos libros de Nervo, que tenían un contenido muy hondo. Entonces Tablada dijo: “Si, es una filosofía para cocineras.” Esto le causó al maestro Tablada

una situación bastante desagradable en Colombia, porque una filosofía aunque sea para cocineras es una cosa inútil como las legumbres cuando uno no está enfermo.

Después de estar en Colombia viajé a Venezuela. En Caracas, un buen día, me fue a buscar un joven muy fuerte, de unos treinta y tantos años, que me invitó a tomar un helado de guanábana. Y hablamos y me regaló un libro que hacía unos meses acababa de salir. Ese libro se llama *El último Solar*, y ese joven era Rómulo Gallegos. Nos hicimos muy amigos, paseamos juntos con frecuencia hasta que un día el maestro Gallegos se me presentó en la casa de huéspedes donde yo vivía y me dijo: "Sería bueno que en dos o tres días usted no saliera con determinadas personas a la calle." Pregunté la causa. "Por allí dicen que usted conspira." "¿Contra quién? El único contra quién yo podría conspirar en Venezuela sería contra Bolívar." "Pues sí —me dijo—, mejor será que en dos o tres días no saliera usted con ciertos amigos."

Antes de ir a Sudamérica la primera vez, había tratado aquí en México a un escritor argentino de alguna distinción, desde luego muy bien vestido y muy bien peinado. Este escritor era un hombre muy agradable y su recuerdo para mí es muy respetable, porque fue un joven muy rico que gastó su dinero en hacer giras por Hispanoamérica recordando que el mayor problema de nuestros países son los Estados Unidos. Me estoy refiriendo a Manuel Ugarte. Mi amistad con Ugarte tuvo para mí una gran significación, aun cuando yo ya estaba un poco metido dentro de la biografía bolivariana; oír a un escritor que fue amigo de Rubén Darío, que había visto todos los países de Hispanoamérica, y que pugnaba por la idea bolivariana de la unificación de nuestra América, esto tuvo para mí una gran importancia, de manera que mi amistad con Ugarte significó la compra de ciertos libros que me enseñaron la manera de considerar las cosas de Iberoamérica. Con Rubén M. Campos había yo descubierto propiamente el arte prehispánico y los principios generales de la pintura. Ugarte me abrió una nueva aurora, la comprensión de este mundo que a todos nos importa, de este gran mundo iberoamericano. Y a propósito de esto, no podemos olvidar que el movimiento nacionalista en Puerto Rico tiene cada día más importancia y que todos estamos obligados, aunque sea conversándolo, a poner nuestro grano de arena por correr la voz en lo que se refiere a la independencia y a la libertad de Puerto Rico. Si realmente América tiene en el horizonte siempre la tendencia a la libertad, la búsqueda de una verdadera soberanía, nosotros no podemos olvidar que estos casi tres millones de habitantes que hay en la isla, que es una de las islas más bellas del planeta y de las más ricas, merecen ya, después de sesenta años, como ustedes recuerdan después de la guerra del 99, por el tratado de París, que aunque a ustedes les parezca raro, es un país también, además de otras cosas después de firmado el acuerdo, Puerto Rico, que pertenecía a España, pasó a manos de los Estados Unidos. Después de la derrota son ya sesenta años en que la situación ha ido cada día siendo más dura. Claro que hay pavimento, hospitales, alumbrado y automóviles menos



caros que en México y otras cosas, pero todo es el biombo para ocultar una explotación cada día más acentuadamente injusta.

Por fin yo salí de Caracas después de que el gobierno venezolano me mandó decir que para que no regresara violentamente a México abandonara ciertas amistades (enemigos políticos del gobierno de Venezuela). Yo no hice caso, pero pronto tuve que regresar a México, y cuando lo hice, leí un informe en lo que era la sala de actos del Museo Nacional, ante la Federación de Estudiantes, y al final invité al público diciendo que era bueno hacer alguna manifestación contra el gobierno de Venezuela frente a la embajada de ese país y así rompimos los vidrios de la casa de un señor muy bondadoso que no tenía la culpa de lo que pasaba en Venezuela.

Quiero recordar que cuando yo iba para Sudamérica viajando entre Nueva York y Colombia, hice escala tres días en La Habana. Inmediatamente busqué la Academia Newton, donde según yo sabía daba clases por la noche uno de los poetas que más he envidiado siempre: Díaz Mirón. Fui a buscarlo y el portero me dijo: "El señor Díaz Mirón sale de su última clase a las diez de la noche." Me planté en la puerta y esperé. El prodigioso artista quedó frente a mí, hizo un movimiento extraño con esa prevención que tuvo siempre, característica del hombre agresivo. Yo le dije: "Maestro, soy un estudiante mexicano que está aquí de paso y he venido a buscarlo para saludarlo y tener el honor de poder conversar unos minutos con usted." Don Salvador se conmovió mucho y casi lloró. Me dijo: "¡Un estudiante mexicano!" Y me empezó a tutear, como era natural. Entonces caminamos y poco después me tomó del brazo, fuimos a dar al malecón, frente al mar, y comenzó lo que con él nunca podía ser un diálogo, siempre tenía que ser un monólogo. Aquella conversación de una sola persona, aquel monólogo duró casi hasta la madrugada. Recuerdo que como a la una y media de la mañana pasamos por el Paseo del Prado, frente al precioso busto de Martí. Don Salvador me habló de su amistad con Martí y empezó un discurso. Como en La Habana a la una de la mañana hay mucha gente en la calle, nos empezó a rodear, y el maestro lo notaba, sentía una gran gusto de verse rodeado, lleno de público, hasta que llegó un momento en que lo Díaz Mirón le salió, mejor dicho lo estalló, y atropellando un punto y coma, se dirigió a mí, me agarró del brazo y me dijo: "Huyamos de la turba." Como hacía calor, yo lo volví a llevar al mar y allá, frente al mar, le dije: "Maestro, ¿qué usted no me quisiera hacer el gran honor de decirme un poema de que he oído hablar y que deseo ardientemente conocer?" Me dijo: "¿Qué poema es?" "Pues es un poema que se llama «Cleopatra»." Y agregó: "Es un pequeño romance que escribí en mi juventud. No vale gran cosa, pero se lo voy a decir."

Hubo un silencio muy largo, largo, largo, un silencio que entraba y salía al mar, y entonces él, espontáneamente, me dijo "Hijito, te voy a recitar lo último que he escrito." Yo confieso, señores, que esa noche de La Habana está en

el horizonte de mis recuerdos como una de las mejores cosas que me han ocurrido en la vida. Díaz Mirón me recitó "Los peregrinos de Emmaús", pero me dijo una estrofa de la cual yo recordé, dos versos, que después en la versión que él dio para publicarse no aparecen. Esos versos yo los conservo como la única persona, tal vez el único mexicano que los escuchó y que después, por causas realmente absurdas, no aparecieron en el poema.

Pero me estoy metiendo un poco con todas estas cosas de poesía y me he olvidado de contar que el primer choque en gran forma que siendo yo todavía un niño tuve con la poesía, fue oyendo recitar a un poeta que desprecian todos mis compañeros (Risas.) Ese poeta que yo admiro tanto y cuyo país acabo de conocer hace pocos meses es José Santos Chocano. No hay que recordárselo mucho a Alfonso porque no le divierte que uno se lo recuerde, pero en fin, yo un día se lo recordé, estábamos solos y me dijo: "Cosas de la juventud, mi querido Carlos." Pues sí, Alfonso tenía veintiuno o veintidós años cuando Chocano vino a México, y cuando uno dice "Alfonso" en México, ya se sabe a quién se refiere. Alfonso, que era el benjamín del grupo del Ateneo, fue designado, cuando el Ateneo recibió a Chocano, para que recibiera el célebre poeta con un discurso, precioso, por cierto. Chocano acababa de casarse con una bellísima dama guatemalteca. Era una mujer de extraordinaria belleza y esa noche estaba sentada en la primera fila del Anfiteatro Bolívar. Mi padre me llevó a esa sesión poética en que Chocano leyó treinta y tres poemas. Vestido de frac, leía de una manera muy particular, muy agradablemente. La señora, muy joven, rubia, estaba vestida de azul. Toda la sesión, estando el Anfiteatro a reventar, él, como si estuviera solo, se dirigió a su mujer, leyendo toda la noche. Imposible olvidar la impresión tan tremenda que me causó todo el recital de Chocano.

Unos días después de ese recital, mi padre me mandó al apartado del correo por la correspondencia. Mi padre tenía una pequeña farmacia frente al mercado de Martínez de la Torre. Y cuando yo salí del correo, caminando hacia la calle de Tacuba, reconocí en un hombre muy bien vestido y muy atractivo a José Santos Chocano. Él cruzó hacia el lado de allá, yo también, y ya cuando íbamos acercándonos al Zócalo, en vista de que cuando él se detenía delante de alguna vitrina comercial yo también, porque lo que quería era, no sé, casi tocarlo con la mirada, hubo un momento en que él se volvió hacia mí, y con una sonrisa, añadió: "Niño, ¿tú quieres algo de mí?" Yo me quedé muy azorado; sin embargo, tuve la fuerza para decirle: "Pues no, no señor, es que yo a usted lo admiro mucho". Y él entonces descansó la mano en mi hombro izquierdo, me tocó la barbilla, yo quería que me tragara la tierra y nos alejamos uno del otro. Después tomé el tranvía, llegué a mi casa, casi no comí, mi madre me preguntó que si estaba enfermo, yo le dije que no tenía ganas. La emoción de haber estado tan cerca de un gran poeta al que hacía pocos días había yo oído recitar y me había dado la impresión de que él estaba a solas dirigiéndose a su esposa. Más tarde, pasaron los años, Chocano volvió a México

por el Norte, le hizo poemas al general Villa, pero esa amistad pronto se enchuecó. El general Villa por poco lo fusila. Entonces Vasconcelos intervino y se le exigió a Villa que lo mandara con unos soldados a la frontera, y el poeta al llegar a Nueva Orleans, escribió un soberbio poema a Villa en que le dice los mayores insultos, después de que en los otros le había dicho “bandolero divino”. El general Villa no era muy versado en poesía y eso de bandolero divino debió haberle parecido muy sabroso.

Después de las pedradas al embajador venezolano, los periódicos me hicieron entrevistas y, claro, empecé a sentirme importante, y unos días antes de que yo llegara, no recuerdo con qué motivo, creo que fue un 12 de octubre, un día de la “Risa” (de la Raza), Vasconcelos dijo en el Anfiteatro de la Preparatoria algunas frases tremendas contra el gobierno de Venezuela. Con ese motivo se rompieron las relaciones diplomáticas, cosa que le agradó mucho al general Obregón, que iba a convertirse en uno de los enemigos más violentos de Vasconcelos años después. Pocos días adelante, vino mi actuación con motivo del informe a propósito de la Universidad Central de Caracas cerrada, los restos estudiantiles en la cárcel o picando piedra por los caminos, y por esos días me encontré al maestro Antonio Caso en la esquina de la Librería Robredo. El maestro Caso me dijo: “Hombre, Carlos, Pepe Vasconcelos quiere conocerlo a usted, le han impresionado mucho las palabras de usted contra el dictador de Venezuela.” Yo le dije: “Vamos”. Y así conocí a Vasconcelos.

Pero he nombrado a Caso. Tres años antes de esto, yo era muy mal estudiante en la Preparatoria —solamente dos veces me expulsaron y formamos parte de un grupo de gente feroz que acabó haciendo un periodiquito que se llamaba San-Ef-Ank, en guasa todo el tiempo, con noticias alarmantes como aquella que se nos ocurrió de que el maestro Caso se había robado una mujer en Puebla. El periodiquito era de tal naturaleza que las personas aludidas preferían callarse y aquello se ponía peor si el aludido se daba por ofendido. Por ese tiempo me acerqué una vez al maestro Caso para decirle que si me permitía que yo le leyera unos versos, y el pobre tardó mucho para decirme que sí. A pesar de eso, le agarré la palabra y me presenté en su casa unos días después a la hora indicada, a las ocho de la noche. Yo llevaba como tres kilos de papel echado a perder. El maestro me aguantó como hora y media. Después de la hora y media yo prudentemente guardé mis hojas y entonces él, después de una pausa, me dijo: “Mi querido Carlos, qué mal está todo eso.” A los seis meses, echándole valor al valor, me le acerqué otra vez a la salida de una clase en la Escuela de Altos Estudios, que estaba antes en Licenciado Verdad, donde se alojó la Rectoría después en tiempo del licenciado Vasconcelos, y le dije: “Maestro, yo quisiera leerle unos versos.” También tardó más que la otra vez. Me dijo que sí. Yo fui otra vez con una millarada de cosas muy largas y me dijo: “Querido Carlos, eso está peor que lo otro.” Todavía hubo un tercer acto con el maestro Caso y me dijo: “Todo eso está muy malo, muy malo.” El maestro Caso tenía una cultura retórica, sabía hacer versos, tenía un gran sentido poético y era muy mal poeta, pero

sabía eso que llamamos en todas las artes el oficio; lo sabía muy bien. En esa última ocasión me estuvo dando consejos, me acompañó hasta la puerta y le dije que próximamente marcharía a Sudamérica. Y viajé a Sudamérica, fui a Colombia y a Venezuela. En Colombia fundamos Germán Arciniegas y yo la Federación de Estudiantes, allí nos conocimos. Yo continúe la Preparatoria en Colombia y Arciniegas resultó después el extraordinario escritor que ustedes saben. En fin, volví a los dos años y medio y después de algunos meses, un día encontré al maestro Caso en la calle y le dije: "Maestro, ¿se atreve usted a recibirme?" Me dijo: "Si, hombre, cómo no. ¿De qué se trata?" "De lo mismo." Pues nada, a los dos días me presenté en su casa y entonces le leí seis poemas. Ya eran de otro modo y le leí una cosita muy pequeña que se llama "Recuerdos de Iza, un pueblecito de los Andes". Él se me quedó mirando y me dijo: Bueno, ya esperaba que tarde o temprano en usted tenía que surgir el poeta. Ahora vamos a ver si el poeta va a crecer en la forma que debe hacerlo. Me ha dejado usted sorprendido, porque esto ya es otra cosa muy diferente." Entonces vinieron las frases halagüeñas y yo llegué a mi casa, dispuesto a convertirme alguna vez en un buen poeta. Tal vez dentro de unos veinte años yo pueda hacer algo que valga la pena. Pero qué tal si en lugar de eso el maestro Caso me hubiera dicho: "Hombre, usted es un Víctor Huguito", o alguna cosa así, pobre de mí. No, las tres veces que yo consulté al maestro Caso y que él me dijo puntualmente "qué mal está todo eso", pues yo allá en mis retiros de Colombia y Venezuela lo recordaba con una emoción muy sincera y efectivamente leía mis papeles y veía que aquello estaba muy mal.

Bueno, conocí a Vasconcelos. Imposible, ahora que ya me voy a levantar, hablar de Vasconcelos como yo quisiera. Sería cuestión de hablar algunas horas. Una gente que como yo convivió tantos años con él, que viajamos juntos por México, por Europa y por el Cercano Oriente, que hablamos de tantas cosas, mejor dicho que yo lo oí hablar de tantas cosas, que él me hizo el honor de hacerme partícipe de momentos confidenciales llenos de emoción de su vida privada y pública. Imposible, faltando unos cuantos minutos por retirarme, que yo hable de Vasconcelos como quisiera. Tal vez si me dan permiso el año entrante... Recordar a Vasconcelos es decir tantas cosas, tanto a propósito de la historia moderna de nuestro país, y lo que es la cultura de México en todos los órdenes, porque inclusive el Instituto Politécnico hoy grandiosamente desarrollado fue también creación de Vasconcelos.

¡Qué no tocó el genio tan generosamente ambicioso de este hombre genial y magnífico! Todas las tendencias hacia lo bolivariano y hacia Iberoamérica y lo que es con justicia antinorteamericano, en fin, tantas cosas que alrededor de él en su compañía se asentaron en mí para siempre. Tenía otras muchas cosas que recordar, pero no hay tiempo. Voy a hacer un resumen de las anécdotas que algún día tengo que escribir a propósito del genial autor. Vasconcelos, como ustedes recuerdan, fue un gran amante, un gran amante generalmente desdichado. Las pocas mujeres que se enamoraron de él a él le resultaban poco

agradables. Ustedes recuerdan que hay hasta un suicidio en la Catedral de París por causa de Vasconcelos. Se trata de uno de esos personajes que se proyectan sobre todo un continente, que son toda la honra de una raza entera, de una vida entera, de muchas vidas. Recuerdan usted que, por ejemplo, el año de 1924, con motivo del primer centenario de la Batalla de Ayacucho que ratificó la libertad continental, batalla preparada por Bolívar y realizada por el general Sucre, recuerdan ustedes que en ese centenario se encontraban en Lima Chocano, Lugones, Guillermo Valencia, Antonio Caso y otras gentes no tan importantes como ellos. Entonces Lugones, de quien hubiera querido decir hoy muchas cosas, que me honró con su amistad, siendo yo un muchacho allá en Buenos Aires, cuando fui huésped de González Martínez en la embajada y quien fue mi maestro en la Preparatoria y a quien quise mucho y sigo admirando. Y volviendo al centenario aludido, Lugones, con motivo de esa celebración dijo una frase que desgraciadamente se ha vuelto histórica: "Ha llegado para América la hora de la espada." ¡Que desdicha que un hombre tan honorable en todos sentidos como fue Lugones, además de prodigioso poeta, haya dicho esa frase! Esa frase, que formaba parte de un discurso, la glosó Chocano. A los dos días la Federación de Estudiantes de Buenos Aires le pidió a Vasconcelos, que tenía encendida una antorcha allá por la calle de Mesones, después de haber sido rector y secretario de Educación, antorcha que le apagó un ministro de Hacienda; dicho organismo estudiantil, repito, visitó a Vasconcelos para pedirle que protestara por aquella frase. Parece mentira, pero esa frase coincide con una serie de dictaduras en América de las cuales hemos empezado a salir. Claro, quedan allí todavía esos pobres diablos de los somocistas allá en Nicaragua, y ese tipo pintoresco casi genial, que verdaderamente es el padre y la madre de lo cursi, don Trujillo el inefable.

Pero acabemos pronto. Entonces, Vasconcelos me mostró el telegrama y yo le dije: "Licenciado, ¿qué va usted a hacer?" Me dijo: "usted y yo recibimos muy finas atenciones de Lugones en Buenos Aires, pero creo que esta noche tengo que escribir contra él." Le dije: "Licenciado, ¿se acuerda usted en qué forma nos recibió Lugones en su casa?" "Si —me dijo—, pero por encima de la amistad están ciertos postulados humanos a los cuales usted no debe olvidar que nos debemos sacrificar todos y en todo momento." Y Vasconcelos esa noche escribió aquel extraordinario artículo para *El Universal* que se llamó "Poetas y bufones". Por ese artículo Chocano se enojó mucho en Lima y escribió contra Vasconcelos como era natural. Entonces un joven periodista peruano defendió a Vasconcelos y Chocano lo mató. No hay fácilmente otra biografía, repito, de maquinaria emocional tan apasionante como la de este hombre que hace entrecruzarse vidas y personas en su propia vida y que fue además en un momento dado nuestro más grande escritor.

Yo iba a contarles una anécdota de Vasconcelos. Estábamos una noche cada quien en su celda en la hospedería franciscana de Jerusalén. Estoy contando

esto, habiendo recordado que Vasconcelos fue un gran amante generalmente desdichado. Pero en fin, allá por 1910 y 1911 él tuvo amores con una de las mujeres más bellas que ha habido en México; no hay para qué decir su nombre, recordaré solamente que ella por lo menos con su maravillosa presencia fundó la Cruz Blanca Neutral; toda esta historia está más o menos contada en ese prodigioso libro que es el *Ulises Criollo*. Era el tercer día que estábamos en Jerusalén en la hospedería de los franciscanos, cuando oí como a las once de la noche un toque en la pared que dividía las dos celdas. El licenciado Vasconcelos tenía la manía de comer dulces y con ese motivo con cierta frecuencia se enfermaba. Otro día contaré algo a propósito de uno de esos atracones de dulces. Fue un milagro. Yo violentamente toqué la puerta y me dijo: "Pase." Lo encontré leyendo. Le dije: "¿Se siente usted mal?" No me hizo caso, sino que me indicó que callara, que esperara. Él estaba leyendo los Evangelios. Hay un pasaje en San Mateo en que los saduceos se acercan a Nuestro Señor y le dicen: "Por favor nos dilucidas esta cuestión que te vamos a presentar. Un fulano se casó, la mujer enviudó, pero el fulano tenía siete hermanos y los siete se fueron casando con esta mujer y ella acabó siendo viuda de los siete hermanos. A la hora de la resurrección, quieres aclararnos: ¿esposa, mujer de cuál va a ser?" Nuestro Señor contestó inmediatamente: "Para entonces todos seremos como los ángeles." Los aplastó, se acabó todo. Él cerró el libro y me dijo: "Por fin estoy tranquilo. Por fin algo de la gracia, en este caso, claro está, el Evangelio, ha caído sobre mí. Ya usted se imagina a quién me refiero." Pues sí, efectivamente, aquella maravillosa dama de 1910 y 1911, después de poco tiempo se había propuesto engañar a Vasconcelos precisamente con sus amigos más cercanos y él tuvo que tolerar esta situación porque estaba enamorado hasta el frenesí de esa mujer que lo humilló tanto. Y una noche en Jerusalén, en 1927 o 1928, en una celda de una hospedería franciscana, después de haber leído una cuentas frases evangélicas, cayó, como él dijo, la gracia por primera vez en su espíritu, la gracia de saberse perdonado.



## CARTA A FRIDA

Carlos Pellicer Cámara

---

*Oyeme criatura:*

Ayer terminé de arreglar tu casa: a ver si cuando regreses no te peleas conmigo por todo lo que hice. El salón, que hace muchos años tú ocupabas como estudio y en el que pintaste tantas cosas maravillosas, lo arreglé con puros cuadros tuyos. ¿Te acuerdas del montón de obras tuyas que le vendiste al Ing. Morillo Saza? Pues te participo que Lolita Olmedo se las compró a su viuda y las trajo a regalar para que yo las colgara en el salón. ¿Cómo la ves? ¿Qué opinas de Lola? ¿Qué bárbara, verdad! También puse cosas de cuando empezabas a pintar; son dos retratos: el de tu amiga Alicia Galant y el de un señor que fue tu novio, los dos cuersísimos. Me morí de las ganas de robarme La Columna Rota, pero como me han entregado todo inventariado, ni modo. Por cada clavo que te pintaste, te mando un beso. Fíjate que son una bola.

Oyeme niña: me quedé mudo ante tu auto-retrato con el monito y el perro. ¡Qué manera de hacer colores! Porque eso es la pintura; claro, eso y otros poemas. El retrato de la mamá de Morillo Saza es una de las obras más importantes de la pintura mexicana; ¡Qué pintura y qué profundidad! ¡Dichosa tú que puedes hacer cosas tan admirables!

Fíjate que puse junto a la pobre changa de los piquetitos tus últimas sandías. Es una barbaridad de cuadro. Hiciste un verdadero sacrificio humano. Hablar de tanta sangre las pobres sandías.

Mira, en el cuarto donde naciiste colqué los retratos de tu familia que tú pintaste y te dejé a la mano el traje de tehuana que tanto te gusta, con alhajas y todo. Ahí te dejé también tu libro, tu maravilloso libro, en el que, hojeándolo, encontré una frase que ojalá y nunca la hubiese yo visto escrita por tí. Me dolió el alma. ¿Te acuerdas de los tres cuartos que siguen, uno con un candil y un baño horroroso y otro lleno de retratos?

---

Pues mira: suprimí el baño y puse los retablos en el cubo de las escaleras donde, perdóname, pero se ven preciosos. En esos tres cuartos colqué todo lo que pude del Máistro Diego: pinturas y dibujos de todas sus épocas. Si aquí pasaron ustedes entre presencias y viajes 25 años, ¿no te parece que hice bien? Bueno: yo le iba a dedicar dos habitaciones, pero Lola Olmedo que adora a tu marido, me convenció fácilmente de añadir la otra. Manoseando la obra de Diego me afirmé, una vez más, en la idea de que es un monstruo. Mira, hay un dibujo para un mural de la Secretaría de Educación que, ese sí por poco me lo clavo, pero, qué quieres, no tengo suerte: también está inventariado. No se lo cuentes a nadie pero Lola Olmedo y Teresa Proenza que me han ayudado infinitamente, con muchas sonrisas y demás me han estado vigilando mis inocentes manos. No hay derecho, ¿verdad?. Uno desaparece las cosas pero eso no quiere decir que uno sea ladrón. ¡Lástima que no se pueda hacer lo mismo con las personas! De que se te ponen difíciles, pues ya ni modo. Te comunico que metí arqueología en la tercera salita de Diego. Allí verás una pequeña vitrina colgada en la pared y que llené con puras maravillas de Tlatilco y una que otra cosa de Colima y de Chupicuaro. Mira, no te lo quisiera yo decir, pero, la mera verdad: eso me quedó muy bien. Sin embargo, no pierdo la esperanza de mejorar aún esa vitrina. Otra vez te digo cómo. Oyeme: tu cocina quedó tal cual. A ver si no te enojas porque puse unos cuantos retablos, pero francamente me dio tristeza guardarlos. Tienes maravillas de esas cosas. Ojalá que un día me regales aunque no sean más de cinco o seis.

El comedor está casi como lo dejaste. La única novedad son los cinco cuadros tuyos, se ven muy bien. Lola Olmedo le agregó unas estrellas de Taxco muy lindas. Dile a Diego que su cuarto no lo toqué, y que le dejamos el sombrero, la chamarra y la blusa de mezclilla. También me le dices que por no meterme en líos con él no tiré a la basura los cuadritos horrorosos que tenía allí. En la mesita donde escribí tantas cosas, le dejé unos papeles por si los necesita. ¿Querrá todavía el bastón de Apizaco? Oyeme: te dejamos los pisos de la casa vieja del color de siempre. Quiero que me reproches lo menos que se pueda. Me estaba olvidando decirte que los mejores regalos arqueológicos que te hizo Diego los coloqué en una hermosa vitrina que mandó hacer el Arquitecto Pagdson que, con Juan O'Gorman, me han ayudado mucho y los dos han corregido mis buenas



---

medidas de pata en el arreglo de tu casa. Te diré que cuando metí en la vitrina tus tesoros arqueológicos, Lola Olmedo y Teresa Proenza y Elena Vázquez Gómez no me abandonaron un solo instante. Hasta hicieron venir a un amigo tuyo de infancia, hoy notable arqueólogo, que con pretexto de ayudarme no me quitó los ojos un segundo. Tu vitrina es verdaderamente regia. Pero en cambio, convéncete de que yo soy un incomprendido. No tengo amigos. Ni siquiera los Directores del Museo Nacional me comprenden. Sin embargo, un día te darás una vueltecita por el museo de Tabasco y ya verás... para qué te cuento. Bueno, mi fama es injustificada. Un incidente en Palenque, y a eso se debe todo. Pero no te lo puedo contar porque ahorita hay mucha gente y la correspondencia es inviolable. Me acaba de telefonar Pita Amor para decirme que se reunirá conmigo esta noche en tu casa. Te va a dar mucho gusto saber que en tu estudio colqué tu cuadrito del señor Velasco y cinco dibujos de ese hombre prodigioso, así como unos pequeños Clausdels, un grabado de Orozco dedicado a Diego y dos estudios académicos de un condiscípulo de Diego. Hice algo de composición en tus librerías y en un rincón puse la ropa que ya no vas a necesitar nunca. Caballito, paleta, pinceles, todo como lo tenías. Y tu retrato, aquel lindo retrato que te pintó nuestro muy querido Roberto Montenegro y que te manda regalar por mi conducto el doctor Carrillo Gil, tan admirable artista y cuya esposa te quiere mucho. Algunos de tus más lindos collares prehispánicos te los guardé en un mueblecito.

En el Pasillo donde está la cama que ocupaste algunos días, antes de que te fueras, todo, absolutamente todo, está como lo dejaste. Una semana antes de tu salida, ¿recuerdas? estuve contigo, allí en una silla, junto a ti, diciéndote cosas, leyéndote aquellos sonetos que te escribí y que te gustan mucho y a mí me gustan por eso, porque te gustan tanto. La enfermera te inyectó. Eran como las diez. Empezabas a dormirme cuando me hiciste señá de acercarme. Te besé y luego tomé tu mano derecha entre las mías. ¿Te acuerdas? Luego te apagué la luz. Te dormiste y me quedé un rato velando tu sueño. Afuera el cielo, barrido y regado, me recibió misteriosamente, como era natural. Te ví muy acabada. Te confieso que lloré en la calle al ir a buscar el camión para irme a mi casa. Ahora que por fin has conseguido la salud y para siempre, te quisiera decir, mejor dicho repetir, repetir que... bueno... Ya tú sabes... Tú, como un

---

jardín pisoteado una noche sin cielo. Tú, como una ventana azotada por la tempestad; tú, como un pañuelo caído en sangre; tú, como una mariposa llena de lágrimas; como un día atropelladamente rojo; como una lágrima sobre un mar de lágrimas; anarcaria cantante y victoriosa; rayo de luz en el camino de cualquiera. Frida, quedó en tu recámara, en una vitrina, el ropón de bautizo de Diego y en otra, algunos de tus juguetes y del maestro, de cuando eran chamacos. El maravilloso perrito dormido, te lo dejé donde lo tuviste siempre. Mira, los señores del Banco de México se han portado muy bien. Aquí está el licenciado Carrillo Flores a quien tanto y tanto estimamos. Dos Agentes de Seguridad del Banco, Tomás y Rogelio me ayudaron también. Chucho, el gran Chucho y Lola, me han acompañado a trabajar algunas noches hasta la madrugada. Frida, ¿te gustará lo que hicimos con tu casa? Bueno, criatura adorada y única, nos estamos viendo. Claro, que algo falta en tu casa, pero está para siempre dentro de mi corazón y es tuyo. Hasta pronto, Dios mediante. Oyeme: tu teatrillo de títeres, con la Danza de la Muerte, quedó junto a la escalera. Lola y Tonasa y Chucho te mandan decir muchas cosas.

Carlos Pellicer.

Las Lomas, a 30 de julio de 1953.